





ANACRONÍA



Irys Valdaliso

ANACRONÍA



Primera edición: julio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Irys Valdaliso

ISBN: 978-84-17362-32-4

ISBN digital: 978-84-17362-33-1

Depósito legal: M-6110-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para todos aquellos que hacen que este sueño siga siendo posible.
En especial a mis amigos,
que siguen apoyándome incluso cuando no lo merezco.
A Uxía, Raquel y Carolina. A mis Caballeros de la Muerte.
A Rubén y Álvaro.
Y a ti, que tienes este libro entre las manos.
Mil gracias.*



CASO ABIERTO

—Serás castigada —sentenció Hera, contemplándola con la rabia pintada en su mirada.

—¿Por qué? —preguntó la mujer pelirroja, de rodillas en el suelo—. No he hecho nada malo...

—¿Cómo? —siseó la esposa de Zeus, amenazante—. ¿Te parece acaso poco traicionar al Olimpo?

—Yo no he traicionado a nadie, mi señora —era inútil. Nadie sabía mejor que yo que era inútil tratar de excusarse con Hera. Sin decir nada, se aproximó a ella y la agarró por el cabello, levantando su barbilla—. Lo juro.

—La perjuración es un crimen muy grave, ingrata —Hera empujó su cabeza hacia el suelo, aprisionándola con la suela de su sandalia.

De todas las veces que la había visto enfadada, sin duda esta era en la que más se estaba divirtiendo. Me habría gustado intervenir, pero bien era sabido que si lo hacía solo conseguiría convertirme en el nuevo foco de su ira. Y muy a mi pesar, no era algo que me entusiasmase, ni siquiera por mi compañera. El pelo anaranjado se extendía por el impoluto piso en sendas ondas. No pude evitar acordarme de su tacto suave y fino entre mis dedos, a pesar de que su propietaria no supiese que había estado allí. Recordé cómo me acercaba a ella mientras dormía y escuchaba su respiración, tenue y acompasada. Su pecho subiendo y bajando con lentitud, sin nada más que una ligera capa de seda blanca cubriéndolo. Y su cabellera..., su cabellera larga y del color del fuego que muy pocas veces me había atrevido a acariciar. Nunca se dio cuenta y, al menos, si lo hizo, no me lo recriminó.

Ahora, sus ojos derramaban lágrimas de desesperación, tornándose

de un extraño color verde grisáceo brillante. Ya había tenido ocasión de ver esa expresión en su cara y jamás me había gustado.

—Te acogimos como a una más de nosotros, niña —comenzó de nuevo Hera—. Y nos lo pagas revelándole nuestros secretos a un simple mortal.

—Yo solamente... —trató de justificarse la muchacha—. Yo solamente le dije cómo iba a morir. Solo quería unos pocos instantes más con él.

—Tras tanto tiempo aquí, ya deberías cuanto menos suponer que las relaciones con mortales no están bien vistas por estos lares, para empezar —rebatí la mujer rubia con crueldad. Parecía haber escogido el juicio a posta, atraída por la temática que acababa de comentar. A pesar de todo, no dejaba de parecerme raro el hecho de que se mostrase tan dispuesta a hacer pagar a su doncella—. Sabes que está terminantemente prohibido revelar las predicciones de las moiras. Aún con ello, lo hiciste. No creo que sea necesario decir nada más.

—Mi señora... —susurró, desde sus pies—. Yo... No era mi intención.

Hera se giró hacia mí con mirada excitada. Lo estaba pasando como una cría y eso me desagradaba incluso a mí.

—¿Tú qué opinas, Hermes? —me preguntó directamente, tratando de hacerme caer en su trampa—. ¿Tú viste cómo informaba al humano de algún aspecto de su hora...?

Rememoré el momento exacto en el que había ocurrido. Yo estaba subido a un árbol, comiendo una de las manzanas. Hades nos había enviado a recoger a casi un centenar de almas para esa misma tarde. No me hizo mucha ilusión la noticia, pero tampoco es que me apeteciese demasiado dejar sola a mi compañera con su nuevo amigo mortal.

Era plenamente consciente de la atracción que sentía hacia ella y, a pesar de ello, continuaba rechazándome sin cesar. Había pedido consejo a Afrodita y Apolo, que disiparon toda posible duda sobre mi belleza, varias veces. Incluso había ido en busca de las escurridizas ninfas, sin resultado alguno. Precisamente por eso, el contemplarla agarrándose las manos con ese hombre, que apenas y bien se erguía a su altura, lleno de cicatrices y de más bien poco humor y picaresca, provocaba cierto hervor en mi sangre.

Volviendo al hilo de la historia, mientras masticaba por pura inercia,

vi salir corriendo a la pelirroja con el monstruo, yendo, por casualidad, a parar justo a los pies de mi árbol. La chica oteó con cuidado la zona, visiblemente nerviosa, y besó a su amante entre lágrimas.

—Tienes que marcharte —suplicó, sin dejar de acariciar su cabello corto y claro—. Va a ocurrir una tragedia y tú no puedes estar aquí o será nefasto.

Él, para mi sorpresa, la acunó entre sus brazos, tratando de reconfortarla.

—Si es mi hora, debo aceptarlo —explicó, con la voz agrietada y dísona a la que ya me había acostumbrado—. Te encontraré, tarde o temprano, estés donde estés. Pero ahora, no voy a luchar más contra mi destino.

Estuvieron horas despidiéndose. Largas horas en las que pude vislumbrar las más dulces de las sonrisas y las más amargas de las muecas. He de admitir que fue lo más bello que habían visto mis ojos. La túnica de mil colores flotaba sobre su cuerpo cuando le dio un último beso antes de permitirle volver al refugio. Sabía que, cuando pasase a ser un alma, ya nunca regresaría a su yo anterior. Habíamos sido testigos de ello demasiadas veces como para no tenerlo en cuenta.

En la puerta del inframundo, fui capaz de observar, si no escuchar, cómo su corazón se rompía en mil pedazos. Se despidió con la mano, con sus esperanzas derrumbadas en el minuto exacto en el que él la miró con la duda escrita en la mirada, preguntándose si la conocía. Ella se dio la vuelta y se marchó en silencio y sin aguardar por mí. Mi frustración procuró que la noticia llegase a oídos de Hera y así habíamos acabado.

No tenía muy claro si la mujer sabía que era yo el indiscreto traidor y no pensaba echarlo a suertes. Pasando los dedos entre mi largo cabello azulado, cavilando a pesar de que no tenía demasiadas opciones. ¿Podría salvarla? O mejor dicho, ¿querría hacerlo? Quizás..., ¿podría...?

—No, no me hallaba allí —mis palabras sorprendieron a la diosa, que inmediatamente frunció el ceño y apretó los labios en una fina línea blanca.

—Entonces... —dijo la pelirroja, esperanzada, mirándome con gratitud—. Nadie lo vio.

—Tú misma lo has admitido —reprochó Hera. Su tono dejaba entrever su decepción, pero no el enfado.

—Si no hay testigos, no hay prueba de que haya cometido delito

alguno —concluyó Hades desde uno de los tronos. Era evidente que sentía predilección hacia la muchacha—. Si es que encontráis alguna más, llamadme de nuevo. No tengo ni un segundo más que perder aquí.

Desapareció en una nube de humo. Ese final había sido abrupto. Hera simplemente caminó hacia fuera del salón. Algo me daba mala espina con su actuación. No era de las que acataban órdenes sin más. La muchacha se acercó a mí cabizbaja.

—Gracias —murmuró—. No sé si has sido o no sincero, pero gracias.

Esperé a que el resto de dioses dejaran la sala para cerrar el portón y aproximarme a ella.

—No hago nada gratis —siseé, enroscando una hebra de su cabello entre mis dedos. Su rostro se enarboló súbitamente y vislumbré en sus pupilas el terror que le estaba produciendo el significado de mis palabras. Sus labios eran jugosos, del color de las flores de un cerezo en primavera. Sentí un escalofrío de anticipación recorrer mi espina dorsal—. Y esto te va a salir muy caro.

Bajé mi mano hasta su cuello, rasgando con suavidad su nuca. Su piel parecía hecha de porcelana, fría, tersa y clara. Los tonos de su vestimenta cambiaban frenéticamente. Me relajé, imaginándome cómo sería sin ella.

—¿No puedo pagártelo de otra forma? —preguntó, con una mezcla entre el miedo y el retraimiento.

—¿Por qué? —coloqué el brazo alrededor de su cintura, aprisionándola contra mi cuerpo—. Estoy seguro de que esta manera es la más conveniente para ambos.

Ella tragó saliva, intentando alejarse. Eso me disgustó notablemente, así que la empujé contra una pared para inmovilizarla.

—Yo ya estoy enamorada, Hermes... —se justificó. Su negación solo la volvía más deseable. Era un buen reto.

—Tu amado está en el reino de Hades. No volverá a ti.

—Mis sentimientos no cambian, pese a todo —rebatí—. Lo siento muchísimo, pero no puedo hacer esto.

Mis venas triplicaron su tamaño debido a la adrenalina. Llegaba el momento de mostrar mi especialidad.

—Sí que estaba allí. Te vi advertir al humano de las palabras de las

moiras —comenté—. He mentido a la reina de dioses con el objeto de salvarte. ¿Y así me lo devuelves?

—Yo... —tartamudeó, mientras las yemas de mis dedos subían por dentro de su falda acariciando los níveos muslos. Asió mi muñeca, en señal de incomodidad—. Por favor, Hermes. He permitido que yacieras a mi lado cuando dormía. No me he quejado cuando has acariciado mi pelo, asumiendo que no era consciente de ello. Ni siquiera te he recriminado que me espieras cuando estaba a solas con mi amante. Por favor, te pido que desistas en esto.

Con esa retahíla consiguió enfadarme. Uní más fuerte mis músculos a sus curvas, procurando no dejar espacio entre los poros de nuestra piel. Ella forcejeaba y gritaba desesperada. Para mí, ya por entonces, enajenada mente, sonaba a música celestial y sabía a pura ambrosía.

Oí el golpe seco cuando la túnica harapienta se caía al suelo, dejando al fruto de mi obsesión en su pleno esplendor ante mis ojos. Desgraciado de mí, no me dio tiempo ni a verla. Ares ya me había lanzado a la otra punta de la estancia y Afrodita cubría a la muchacha con su manto. Vi el disgusto en su cara antes de recibir el bofetón de Hera.

—Sabía que harías esto —exclamó—. Por fin, siervo maldito, has confesado la verdad. ¡Mentirme a mí!

Fui apresado por las cadenas de Hefesto y obligado a ser testigo del juicio de nuevo, esta vez mudo.

—Seré benevolente —afirmó Hera, mirando desde arriba a la pelirroja con la ropa negra—. Seré benevolente debido a que has demostrado ser fiel y leal. Has demostrado también ser emisora de amor verdadero y digna mensajera durante eones —paró para respirar—. Pero tu pecado es imperdonable. Ante los dioses antiguos y los que vendrán, yo te condeno a vivir mil trescientas setenta y nueve vidas. Como prueba de mis buenas intenciones, en todas y cada una de ellas te reencontrarás con tu amado. Tras tu penitencia, volverás a ser juzgada, y únicamente entonces serás, o no, redimida de tus pecados.

Sin una palabra más, desapareció en un haz de luz ante mis ojos. Ni siquiera pude despedirme.

Más tarde, en lo más profundo de mis pensamientos, el arrepentimiento ahogó mi cabeza en la mullida almohada y me hizo rezar por su alma.

—Lo siento, Iris.



CRIMEN NÚMERO UNO

Ella sigue con la mirada perdida, sin fijarla en nada en concreto. Lleva sin moverse más de veinte minutos, sin decir una palabra. Está preocupada por algo y él no logra saber qué es. No dice ni una palabra, pero él sigue allí sin moverse de su lado. Se pregunta qué pasará por esa cabeza, qué esconderá detrás de tanta niebla.

—No te entiendo —susurra él—. No sé qué es lo que quieres.

Ella no responde. Es consciente de que él está observándola, pero no quiere darse la vuelta. Piensa que es demasiado para soportarlo.

—Debo de estar loca —contesta en voz baja—. Solo eso.

Él no es capaz de explicarse mejor, cómo confesarle la angustia que siente al verla así. Cómo alcanzarla cuando se va tan lejos.

—Es más fácil si pones de tu parte.

Ella no puede, y ese es el gran problema. No tiene ganas. Y piensa que le encanta su sonrisa, así que espera que no se preocupe. Él no se enterará de nada, repite en su cabeza.

—No es tan difícil —dice él acercándose—. Sabes que no estás sola.

Él desea que entienda que hay mucho más detrás de esas palabras, que realmente no permitirá que lo esté. Que quiere protegerla. Que se dé cuenta.

Ella recibe en su seno el ardor. El dolor al simple contacto. La ansiedad y el vacío que le esperan cuando llegue el frío que sabe que viene después. El miedo. El percatarse de que no va a conseguir mantenerse en pie mucho más tiempo, con las lágrimas comenzando a aflorar.

—Vamos —repite él—. Estoy contigo.

Pretende sonar reconfortante, hacerla sentir mejor y aliviarse.
Y ella, haciendo uso de todas las fuerzas que le quedan, por millonésima vez, se traga el llanto y alza una sonrisa falsa, como si realmente hubiese funcionado. Porque, en el fondo, ya se lo esperaba. Porque ella no tenía derecho a pedir más que eso.

Él es consciente de que es mentira, de que no ha arreglado nada, y le duele. Le duele más que nunca. Sin embargo, ella no debe notarlo.

Porque es demasiado injusto.

CRIMEN NÚMERO DOS

—¿A veces no te gustaría poder meterte en una burbuja y salir volando de aquí?

Al sonido, parecí despertar.

—¿Qué?

—Creo que lo acabas de hacer... —dijo entre risas—. Deberías estar más atento.

—Sí, debería.

—¿Te pasa algo?

—Parece que se me ha roto la pompa —contesté, apoyando mi cabeza en las manos—. Necesitaría volver, perderme en ese mundo que había inventado.

—Pero allí no estaría yo —susurró, avergonzada.

—Nadie te ha dicho que quiera que estés. ¿Por qué lo supones?

Ella se quedó callada y apretó los labios. Luego, me miró, y con voz dudosa, me respondió:

—Estás aquí conmigo.

—Igual que podría irme.

—Pero sigues aquí, ¿no? —no dije nada—. Pues eso es lo verdaderamente importante.

Su tozudez ante el asunto me hizo sonreír un poco, probar la confianza que ella misma se había implantado. Era divertido verla ahí pensando qué decir, cómo no equivocarse con sus palabras. Se encontraba un poco incómoda, así que procuré hablar despacio y con un tono de voz neutral.

—Supongo que me siento como si me hubiese ido un tiempo. Al volver, todo está cambiado y observas cuán rápidamente el mundo se mueve, sin que tú puedas hacer nada para evitarlo. Es estúpido mantenerte

ahí, esperando a que las cosas vuelvan a ser como antes, sin ocuparte de lo que tienes en el momento —respiré y continué—. El problema está en que las cosas no pueden volver a ser como tú las querías, porque nunca llueve a gusto de todos. Y no te gusta cómo están ahora. Para explicártelo mejor, es como si me hubiese pasado días, semanas, meses, años, quizá toda mi vida, no lo sé, haciendo un puzle. Un puzle enorme. Y me fui a buscar la pieza del centro, la pieza que me faltaba. Mientras tanto se perdieron muchas otras de los bordes. Sabía que, en cuanto tuviese mis dedos sobre la pieza central, no me importaría. Cuando la tuve, me di cuenta de que no era la del centro, sino una que estaba cerca, y aunque traía muchas con ella, me faltaban las esquinas, algunas piezas de los bordes... y la del centro. La dichosa pieza única que me volvía loco —después de meditar cómo seguir, ella continuaba con el interés escrito en sus ojos escuchándome. Quizá le gustaban los puzles—. Volví a buscarla, la busqué por todas partes, busqué debajo de las mesas, entre las estanterías, por los cajones, incluso debajo de las alfombras, pero nada... no aparecía. Y el puzle seguía en otra habitación, a medio hacer. Una vez comprendí que jamás encontraría la pieza que me faltaba y debía conformarme con las de los bordes que había ido obteniendo para terminar mi proyecto..., volví al sitio donde había dejado el puzle.

—¿Y lo terminaste?

Tragué saliva.

—Ahí está el problema, querida —me miró, confusa—. Cuando llegué, el puzle estaba destrozado, desparramado por el suelo, con piezas incluso rotas... El dibujo estaba a medio borrar y nunca supe quién lo destrozó. Quizá lo tiré yo en mi afán por buscar la pieza restante.

—Te habrías dado cuenta, ¿no?

Sonreí.

—Cuando estás tan obsesionado con algo, no te das cuenta de lo que pierdes intentando encontrarlo. Supongo que ese fue mi error, ahora nunca podré terminar el puzle —me incitó a seguir—. Hace mucho tiempo que pasó eso. Me daba mucha pena, pero no podía arreglarlo por más que quisiera... Por eso, decidí empezar otro.

—¿Y ahora sí lo has terminado?

Volví a sonreír, otra vez.

—No quiero hacerlo. Quiero crear un puzle, quiero mezclar las pie-

zas del anterior y las del nuevo.

—Pero eso es imposible —contestó torciendo el gesto.

—No hay nada imposible, ¿no? Si las piezas no encajan, puedes limarlas o recortarlas. Si el dibujo no coincide, píntalas de blanco e invéntalas.

—¿Y la pieza del centro? —preguntó por último.

Y esa vez, la sonrisa fue la mejor de todas.

—¿Nunca has visto un puzle al que le falte esa pieza?

—No.

—Digamos que el mío es un puzle... peculiar. Jamás tendrá esa parte.

—¿Por qué?

—Podré ir a buscarla, quizá incluso la encuentre..., pero si no la encuentro, ya no me importa.

—¿Y seguirás intentándolo? —vi en sus pupilas la emoción.

—Sin dejar el resto de mi puzle de lado, claro que sí.

Y cuando mi expresión se volvió más que evidente, no podía más que añadir:

—No todos los puzles necesitan todas sus piezas.



CRIMEN NÚMERO TRES

Te miro y pienso qué ha podido conducirme a esta situación. ¿He hecho algo mal?

Tus ojos grises me observan sin decir nada. A veces, eres tan difícil que me frustró y abandono. Ya sabes que, como cada vez, volveré a por tí, ¿no? Pero hoy, precisamente hoy, no me apetece seguir yendo a buscarte. Lo siento.

Cierro con un portazo y me marcho caminando bajo la lluvia. Intento recordar cómo era mi vida antes de que tú aparecieras en ella, rompiendo todos los esquemas y trastornando cada parte de mí ya deteriorada mente sin contemplaciones. Suelto una carcajada irónica sin pretenderlo. Y yo que pensaba que jamás iba a ser feliz. Y ahí llegaste tú, con tus camisetas enormes y tus pantalones de tiro bajo. Con tus películas y tus locuras, y tu tan ansiada libertad. En tan poco tiempo has calado tan hondo que me da pánico admitirlo.

«Soy el señor Lobo. Soluciono problemas».

Esa fue tu carta de presentación, y nunca mejor dicho. Mientras cada parte de mi existencia se desbarataba, tú erigías una torre en el centro de la que ibas a ser, tarde o temprano, el rey absoluto. Primero, fue con palillos, como esas pequeñas Torres Eiffel a las que se lleva por delante una brizna de viento cuando están sin pegar. Más tarde, con finos hilos de alambre, reforzaste la estructura, modelándola al doble de su tamaño original, para protegerla de ese viento burlón que la amenazaba. Y no se cayó, pero una envidia ilusoria que contemplaba la obra decidió que no debía existir y la aplastó. Los alambres no resistieron y se vinieron abajo con facilidad. Entonces, frunciste el ceño y diste lo mejor de tí. Y así, en última instancia, el cemento y el ladrillo fueron tus materiales escogidos, y la mano de obra tu empeño. No te anduviste con tonterías y diseñaste

una torre tan grande que no pudiese pasar desapercibida en kilómetros a la redonda. Al principio, me reía y estudiaba la situación. Me hacía gracia verte trabajar tanto en algo que ni siquiera sabía qué era, o peor aún, para qué servía. Y cuando fui capaz de contemplarla, imaginé que mi mundo caía abajo y se estrellaba contra el suelo como en otras tantas ocasiones. Y vi caer pedazos de cielo por todas partes, pero tu torre se quedó allí plantada, como si sus raíces fueran mucho más profundas que cualquier rincón de mi consciencia. Y, para qué mentir, me gustó la sensación. La sensación de que, por fin, algo era estable. De que podía agarrarme a uno de esos ladrillos si perdía el equilibrio. Y al levantar la vista ahí estabas tú, sonriendo. Sucio y agotado, con la sonrisa más brillante que he visto en mi vida. Feliz, esa es la palabra. La viva imagen de la felicidad tras arraigarte en mi interior. Y pretendí arrancarte, y no fui capaz. En cuanto lo vi, sabía perfectamente que tu rostro me perseguiría el resto de mis días.

Y eso me enfurece, así que le pego una patada a una de las piedras del camino, porque tú no estás en él, y aún no has llamado. Me niego a volver pidiendo perdón por algo en lo que considero que tengo razón. Aunque, si tengo que ser sincera, también me niego a perderte, así que estamos en un punto muerto.

Cualquiera puede decir una frase como «te quiero», pero no todo el mundo lo siente. Los monstruos son ellos. Los que son capaces de mentir a la cara de una persona que, la mayoría de las veces, no es capaz de mentir de vuelta. Los que perpetúan una historia falsa para sentirse mejor. Y son los que generalmente no reciben castigo alguno más que el de disculparse, y ni siquiera eso. ¿Y qué hay de los que lo dicen abiertamente? ¿De los que gritan sus sentimientos al viento como si de una llamada se tratase? He de confesar que esos me agradan. Me agrada el sonido de la verdad más pura retumbando en mis oídos con claridad y fluidez. Por eso te lo repito tantas veces.

Hay momentos en los que me imagino que sientes lo mismo que yo, eso de que el corazón choca con las costillas a velocidades insospechadas y que pretende vomitar palabras sin darse cuenta de que no es el amo y señor del resto del cuerpo. E igual que mi cabeza piensa que me quieres, piensa lo contrario. Tus silencios son abrumadoramente aterradores. Tus muecas y, sobre todo, cuando giras la cara hacia otro lado

para ignorarme. Son como fases: el ansia, la inquietud, la preocupación, la desesperación. ¿He hecho algo mal...?

Oh, claro. Ya me acuerdo. Me paro en seco y me doy la vuelta corriendo. Ya no me importan los motivos ni el orgullo. No me importa nada más que volver y abrazarte, porque he recordado lo que siempre viene después de esa pregunta.

¿Qué puedo hacer para arreglarlo?

Y, tonta de mí, la respuesta está ahí delante, paseándose ante mí, intentando mostrarme el camino que seguir para que tu torre nunca se derrumbe, para que jamás tenga que despertarme sin tus ojos grises contemplándome. Solo tengo que demostrarlo otra vez. Sé que mis actos son contradictorios y no son suficientes para darte a entender lo que quiero y no quiero hacer, o lo que te quiero o no te quiero sencillamente.

—Pero ten por seguro que voy a volver a buscarte —murmuro tras pedir perdón.

Tus labios esbozan una sonrisa y tu mirada ríe. Eres feliz de nuevo.



CRIMEN NÚMERO CUATRO

—Sois un príncipe mimado y consentido que solamente sabe hacer lo que le da la real gana en el momento en que le apetece, que, además, suele ser el menos oportuno —añadió, sin darle tregua para hablar—. Queréis todo en el momento y lo pintáis de tal manera que siempre es culpa de los demás, saliéndoos con la vuestra, y estoy harta de eso. No lucháis por nada, no os importa nada...

Le calló la boca con un chillido y retomó él la conversación.

—Sois una plebeya estúpida, una cría que no sabe ni lo que quiere, una persona que pretende que el mundo gire alrededor de ella, me agobiáis, sois una pesada que solo sabe quejarse y aburrirme —ella se levantó, sabía que era un imbécil, pero nunca habría apostado a que tanto. Él agarró su brazo—. Sois una fulana, sois una cualquiera y sois una...

—¡Parad! —gritó ella, casi tirándose al suelo—. ¡Dejadme irme de aquí!

Él paró de pronto, soltó su agarre y ella volvió a su posición original para dirigirse a la puerta. Cuando se quiso dar cuenta, ella gimoteaba. Él estaba quieto al otro lado, sin saber si abrir y consolarla o dejar que se marchase. Ella se dejó resbalar por toda la madera y echó a llorar sin consuelo. Apenas había comenzado cuando él se decidió a abrir la puerta y mirarla, sin agacharse, casi tan blanco como el marco que sostenía su figura.

—Sois rematadamente cruel, asquerosamente malvado cuando os lo proponéis. Os odio, os odio más que a nada en el mundo.

Él apretó los puños y la mandíbula, pero no dijo nada. Ella juraría que vio sus ojos brillar.

—No quería haceros daño. Ni siquiera un poco.

—No creo que eso fuera lo que pretendierais con vuestras palabras —en silencio, recordó todas y cada una de las veces que había llorado por su culpa. Todas y cada una, las que él sabía y las que no—. Porque, por supuesto, nunca lo es.

Se arrodilló ante ella y extendió los antebrazos para atraerla hacia sí mismo. No tenía fuerzas para negarse, así que se dejó arrastrar y se acomodó en el pecho de él. Otra vez, notó la extraña sensación del corazón rebotando contra las costillas. Ese mismo pensamiento le hizo sonreír por unos segundos.

A medida que las pronunciaba, sintió que su alma se iba congelando.

—¿Y vos? ¿Qué sería de vos?

Él giró la cabeza para apartar la mirada.

—Intentaré olvidaros. Procuraré hacerlo rápido para no molestaros más.

Por un momento, incluso él dudó de sus palabras.

—¿Realmente podríais hacer eso? —ella se apartó un poco y le miró a los ojos, para comprobar si decía o no la verdad.

—No..., no lo sé.

—¿De verdad creéis que soportaríais verme con otro? ¿Besándole, acariciándole, mirándole, adorándole como a vos? ¿Soportaríais que os ignorase, siendo parte de mi pasado, sin que os necesitase? —ella escuchó su voz más rota de lo que había imaginado, pero no le importaba—. Yo no. Yo jamás aguantaría el veros con otra, por más que supiese que seríais mucho más feliz. Soy una egoísta, además de todo lo que habéis dicho, pero nadie, nadie va a amaros tanto como yo. A pesar de que os odie, a pesar de todo lo que me digáis... El dolor puede ser tan infinito como el que lo soporta —respiró hondo y casi oyó una lágrima rodar por su cara—. El odio puede ser tan tóxico como el amor.

—Eso son todo cursilerías... —dijo él, casi sonrojándose—. Siento no pensaros como os merecéis. No podría vivir sin vos.

Se acercó a ella y la apretó contra sí, sintiendo que algo no iba del todo bien. Sin saber muy bien lo que hacía, ella le susurró al oído:

—¿Permitiríais que fuese vuestro caballero?

—Me molesta que no me lo hayáis contado, me molesta que os juguéis la vida por mí como yo no puedo hacerlo, me molesta que os guste hacer de varón —la contempló, en el suelo, mirándole con una voluntad

de hierro—. Pero sé que si os pidiera que lo dejaseis, terminaríais antes conmigo. No quiero eso, en ninguno de los casos.



CRIMEN NÚMERO CINCO

Miré de nuevo al vacío. El agua estaba tranquila, aunque hiciera viento. Sentada en aquel borde, parecía pedir a gritos que algún idiota me empujase de una vez, porque ni siquiera me quedaban fuerzas para moverme. Seguí contemplando el líquido bajo mis pies, estaba realmente sucio. ¿Seguro que quería morir ahí? ¿Tener una tumba con dios sabe qué tipo de bichos en un sitio inmundo? Sonreí irónicamente. Ni siquiera a punto de morir podía dejar de quejarme. Me eché un poco más hacia delante y me recordó a una ventana. La única diferencia era que en vez de caer al suelo y romperme todos los huesos del cuerpo, prolongando el dolor y el tiempo antes de marcharme, iba a caer en un agua pacífica, verdosa e increíblemente contaminada. No supe discernir si era mucho mejor.

Pensé de nuevo en lo que me había conducido a eso. Llevaba meses decidiéndome por una opción u otra, sin atreverme a ninguna, sin terminar del todo. Mis padres habían muerto. No iban a regresar y no sabía si iba a reunirme con ellos. Ni siquiera sabía si deseaba realmente volver a verlos. El borracho y la zorra. Qué buena pareja habían hecho en vida. Volví a sonreír y a adelantarme un poco más. Mis dedos rozaron el muro del puente, como un aviso de que comenzaba a caerme. «¿Crees que no es lo que quiero?», recliné mentalmente al montón de rocas que me sostenía.

Mi primer día de clase, nadie me había acompañado. No había llorado y la profesora se quedó asombrada. Al menos, iba a pasar más de una hora con ella. ¿Qué sentido tenía llorar por eso? ¿Llorar porque alguien te cuidara o te cogiera algo de cariño? ¿Llorar porque alguien te tratara como a una persona y no como a una muñeca, de esas que vistes, desvistes y luego dejas que recojan otros porque te has cansado de jugar?

Qué estupidez.

Mi primera mudanza. Casi me dejan en la casa. Estaban ocupados discutiendo si se iban a ir o no, si uno estaba demasiado confuso o no. Nadie se dio cuenta de que yo seguía en la puerta. No fue hasta después de casi media hora que volvieron con el coche pidiéndome disculpas y acoplándome como pudieron entre el resto de cosas, quejándose del espacio que ocupaba. ¿Llorar porque ahora tendrían que cuidarme ellos? Era tarde para llorar. Ya sabía cuidarme sola.

Mi primer cambio de colegio. Llevaba tres psicólogos. No sabían qué me pasaba, por qué me comportaba así, por qué no hablaba con nadie y, si lo hacía, por qué seguía exactamente igual de... indiferente. Indiferente ante las personas, ante las asignaturas, ante los insultos, ante los golpes o ante las lágrimas. Ante las emociones en general. Fingir sentir algo, fingirlo tan bien que todos pudieran creerme. ¿Llorar porque no podía sentir nada, porque no quería hacerlo? ¿Llorar porque realmente quería sentir algo en el fondo? Estaba bien sin sentir nada. Si no, habría sabido lo que era el dolor.

Mi primera fiesta. No lo pasé bien, ni siquiera duré más de cinco minutos allí dentro. Entré, vi lo que había, aparté a la gente que se me iba cruzando y me marché. No me interesaba en absoluto nada de lo que se encontraba ahí, ni lo que había en mi casa, así que opté por irme al bosque. Obviamente, me atacaron. No importa lo demás. ¿Llorar porque ni siquiera en ese momento logré sentir miedo? ¿Llorar porque todos se enteraron y yo apenas le di importancia? No entendía su preocupación. Me molestaba intensamente que me intentaran ayudar. Ya era mayorcita.

Me di cuenta de que todo había sido igual. Ellos se habían ido por la mañana. «Un horrible accidente de coche en la carretera de... Ha dejado dos fallecidos... La joven aún está en busca...», habían descrito en los informativos. Yo lo vi en una de las televisiones de prueba del supermercado. No tenía casa. No tenía herencia. No tenía trabajo, ni nadie con quien quedarme. Ni siquiera, y era mucho decir, tenía una emoción que mostrar. Por eso me encontraba en ese puente, y por eso era la hora de acabar con todo.

—¡Eh! —ni me molesté en girarme—. ¡Eh, que te vas a caer!

Oí cómo alguien corría y me agarraba un brazo. Yo me di la vuelta con lentitud, confusa.

—¿Qué pretendes? —tiró más fuerte de mí y me apartó de la orilla. Me aupó y me llevó a un banco. Se colocó acuclillado y me tocó la cara—. Parece que tienes fiebre, ¿te encuentras bien?

Las palabras no fluían cómo deberían. No aparecían en un orden coherente por mi mente, tampoco.

—¿Puedes hablar? —me agarró de la barbilla y se quitó la chaqueta para colocármela encima de los hombros. Me apartó el pelo de la cara—. ¿Quieres beber algo?

Mi reacción, sencilla, humana, fue acercarme a su cara. Cerré los ojos y le besé. Me respondió, se apartó y sonrió. Me acarició el pelo y se levantó. Me tendió la mano y me abrazó hasta que dejé de temblar.

—No hay nada más, no te preocupes —me besó la frente y comenzó a caminar sin soltarme—. Vamos, debes de estar hambrienta.

Y por primera vez en... toda mi vida, sonreí con sinceridad, y pensé que nada podía ir mejor.